

El valor de la intimidad

Existía una vez el pudor. Era una evidencia y un misterio, una virtud, una fuerza, una riqueza. El pudor es el instinto de auto-conservación y protección contra todo lo que puede amenazar la propia intimidad y la propia dignidad personal.



BRUNO FERRERO

No se refiere exclusivamente a la sexualidad. Tiene que ver, también, con los límites que distinguen interioridad y exterioridad y salvaguardan la parte "discreta", "singular", "privada", "íntima" de cada persona.

El pudor

El pudor es como el centinela de la pequeña fortaleza interior, del jardín secreto donde cada persona es verdaderamente ella misma. No es exagerado utilizar palabras de la jerga militar para describir este proceso psicológico en los adolescentes. Tanto a nivel físico como a nivel psicológico, ellos experimentan, dentro de sí, fuerzas contradictorias que los tironean en direcciones opuestas y los hacen dudar entre desear o temer, entre arriesgar o replegarse en sí mismos. Ambas fuerzas tienen la misma intensidad; por eso,

es imprescindible aprender a canalizarlas en la dirección deseada. El peligro mayor es dejarse llevar, no saber resistir, quedar a la deriva, o buscar soluciones que lleven a retraerse o encerrarse. En esta toma de decisiones, en la que se exponen a la mirada y al juicio de los demás, el pudor es el intento de mantener la propia subjetividad, una manera de ser secretamente uno mismo delante de los demás.

El tiempo de la publicidad

Dice el filósofo Humberto Galimberti: "En estos tiempos soplan vientos que promueven la publicidad de lo privado. La sociedad consumista - donde las cosas, para ser tenidas en cuenta, tienen que ser publicitadas - ha contagiado este comportamiento a muchas personas que tienen la impresión de que existen sólo en la medida en que se muestran y se dan a conocer. El mundo se ha convertido así en una especie de 'exposición'

publicitaria que es imposible dejar de visitar porque, lo queramos o no, estamos dentro".

Y agrega: "Lo que vale para las cosas vale también para las personas que, habiendo renunciado a su propia especificidad por las exigencias de la sociedad, sustituyen la individualidad no realizada por la publicidad. Esto hace que muchas de ellas se reconozcan sólo en su imagen exterior, y por eso, buscan no tanto el conocimiento o el encuentro consigo mismas, sino la publicidad que construye su imagen. El problema es que la palabra publicitaria termina aboliendo la palabra secreta, íntima, escondida, en la que dominan el recogimiento y el silencio, la soledad, la palabra de oración, la palabra de amor, la palabra de amistad, la palabra de rabia, la palabra humana".

A través de transmisiones televisivas, confesionarios laicos y revistas para



adolescentes, el consumismo irrumpe cada vez con más "indiscreción" en la dimensión "discreta" de la persona para conseguir, no sólo a través de tests, cuestionarios, estadísticas, sondeos de opinión y encuestas de mercado, sino también y, sobre todo, a través de confesiones íntimas, emociones directas e historias de amor, que las personas mismas den a conocer su interioridad, su parte discreta y hagan públicos sus sentimientos y emociones, con una imprudencia que se presenta como sinceridad: "No hay nada que esconder, no hay nada de qué avergonzarse".

Así, lo único que termina avergonzando es el dolor, la enfermedad y la pobreza: precisamente lo que necesitaría más consuelo, solidaridad y participación afectiva. Todo lo demás es para mostrar, exhibir, publicitar. Más aún si son exageraciones, irregularidades, anormalidades. ¡La cuestión es ser noticia y dar espectáculo!

La intimidad familiar

Una de las cosas más hermosas de la vida familiar es la conciencia de que, muchas veces, las cosas no dichas son más importantes que las

que son objeto ordinario de información. Quiero decir que la dimensión de lo implícito alimenta una intimidad que es gratificante, aún cuando cueste decodificar sentimientos y pensamientos.

No siempre sabemos prestar atención a esta dimensión escondida de las relaciones afectivas, porque creemos que lo que está simplemente esbozado tiene menos gusto que lo que emerge en plenitud: sentimos la necesidad de hablar en voz alta, hacer gestos inequívocos, dar a conocer públicamente una parte de nuestro modo de vivir que de otra manera podría languidecer en el transcurrir vacío de la cotidianidad o en la superficialidad colectiva. Si elegimos actuar de esta manera, habrá seguramente una pérdida irreversible: lo que no sabemos guardar en silencio corre el riesgo de disiparse y hacerse inútil para la construcción del futuro.

La vida familiar sufre también por la falta de pudor. En ella, y en las relaciones entre padres e hijos, también es importante callar. Las alegrías y dificultades merecen, a veces, un poco de silencio. Si es bueno no encerrarse nunca en lo individual y lo privado para poder acceder a la

comparación con los demás, no es bueno renunciar siempre a aquella reserva que da profundidad y autenticidad a cada historia de amor.

El valor de la vida interior

No es fácil ayudar a los adolescentes de la generación de "Gran Hermano" a recuperar el significado de la intimidad y la vida interior. Hay que ayudarlos a descubrir la belleza y la grandeza de los sentimientos "normales": el amor a los padres y la familia, la fidelidad, la amistad, el compromiso, la religión. Y el valor de la interioridad, de estar profundamente presentes ante ellos mismos y ser firmes en una identidad que nadie podrá violar.

Hay que ayudar a los hijos a "ser", a defender su originalidad, a no sentirse obligados a "parecer". Hay que enseñarles el respeto por la intimidad propia y por la de los demás: la dignidad de la persona es un valor absoluto. En una sociedad cada vez más desordenada, es urgente volver a encontrar, sobre todo en la familia, el sentido de la discreción y la delicadeza. Sólo los padres pueden hacer comprender realmente a sus hijos la necesidad de cuidar los sentimientos y las emociones y estar atentos a las heridas de los demás.

Hay un ejercicio que tiene un nombre simpático, y que puede ser útil a grandes y chicos: el recogimiento. Consiste precisamente en "recoger", en "juntar los pedazos de sí" que experiencias y situaciones cotidianas pueden haber separado, y ponerlos en su lugar y en equilibrio. Muchos adolescentes lo hacen casi instintivamente escribiendo un diario que recoge confidencias, rabias, lágrimas, alegrías y desahogos; otros necesitan un adulto que los acoja sencilla pero sinceramente, sin juzgarlos y sin darles consejos, para ayudarlos a comprender y formular lo que está pasando dentro de ellos.